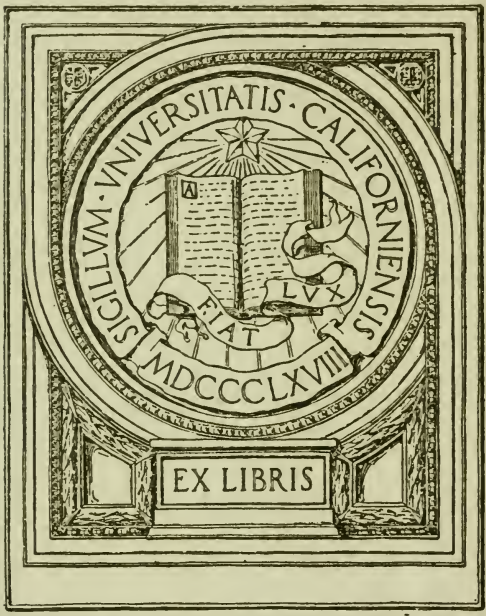
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES



JUAN AGUSTIN GARCÍA

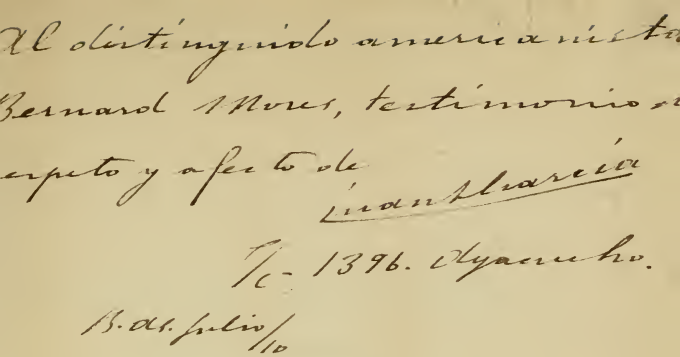
LA CHEPA LEONA

NARRACIÓN COLONIAL

BUENOS AIRES
ARNOLDO MOEN Y HERMANO, EDITORES
323 — CALLE FLORIDA — 323

1910

6233 3



Al distinguido americanista
Bernard Moses, testimonio de
respeto y afecto de
Juan Alvarez
T/C - 1396. Ayacucho.
B. As. Julio/10

LA CHEPA LEONA

DEL MISMO AUTOR

Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas, 1 vol. 4ª edición. Angel Estrada y compañía, editores.

La ciudad indiana, 1 vol. 2ª edición. Angel Estrada y compañía, editores.

Ensayos y notas, 1 vol. A. Moen y hermano, editores.

Memorias de un sacristán, 1 vol. 2ª edición, ilustrada por Clerice.

Imprenta de Coni Hermanos. — Buenos Aires

JUAN AGUSTÍN GARCÍA

LA
CHEPA LEONA

NARRACIÓN COLONIAL

BUENOS AIRES
ARNOLDO MOEN Y HERMANO, EDITORES
323 — CALLE FLORIDA — 323
—
1910

Bernard Moses

4343

PQ
7797
G16C4

Á LUIS MARÍA DRAGO

162277

DOS PALABRAS

Este libro es modesto como su tema sencillo; es la historia chica, de la gente menuda *como decían los antiguos. Me ensayo en estos bosquejos mientras encuentro tiempo para escribir la historia del Pueblo Argentino, de la masa anónima que con su esfuerzo obscuro y cuotidiano impulsa el movimiento social.*

En otro libro (Memorias de un Sa-

cristán), *intenté la descripción de su mentalidad llena de prejuicios y brujerías; dominada en absoluto por santos y demonios creados por el pueblo á su medida. En éste presento el drama de un humilde pulpero, atravesado por las dos* cuchillas *eclesiástica y seglar.*

Á fuerza de reflexionar sobre los sentimientos é ideas de esa gente menuda, *de leer los viejos papeles coloniales, he conseguido penetrar en la intimidad de esa época tan creyente y resignada. Durante algunos años he vivido entre sus frailes orgullosos y solemnes, sus empleados arbitrarios, despóticos y, no obstante, paternales; sus mujeres sensuales, bellas y alegres; sus esclavos y*

sus fandangos. Á veces tenía la sensación de que vivían; los viejos papeles parecían animados, los manuscritos hablaban; oía las voces de las palabras graves y sesudas de Vertiz, de Ramos, de Salas, de Riglos que recibía al virrey con un ceremonioso discurso; de los padres graves y discretos, definidores de San Francisco, Santo Domingo y la Merced... Y en algún expediente de divorcio, los sentimientos de amor y odio, los agravios, encarnaban á los personajes como en las comedias!

Reproducir estas cosas es difícil. Su vida de ultratumba estan frágil y delicada como una pálida luz de quinqué antiguo, pero suave, deliciosa, llena de

emociones. Así la dificultad de la obra me servirá de excusa ante el lector benévolo.

J. A. G.

Abril de 1910.

La Chepa Leona

I

Sensano y Escalada tenían sus tertulias diarias, no muy concurridas, cinco ó seis amigos, siempre los mismos, que se veían todas las noches de ocho á diez.

Se jugaba al Renegado, de apunte de real y cuartillo, de paso. Se hablaba poco; los temas escasos y muy agotados, cedían al atractivo del naipe. De vez en cuando sacudía los nervios de la apacible reunión alguna

noticia de bulto : el gobernador multaba á un Cabildo algo indisciplinado ; su majestad, á quien Dios guarde, anuncia el feliz nacimiento del heredero de la corona, ó la sensible pérdida de su augusta madre doña Isabel de Farnesio, que Dios haya en su gloria ; y la tertulia se ponía de fiesta ó de luto.

Esos nombres sonoros venían rodeados de un divino prestigio. El mejor informado en genealogías é historias era el doctor Labarden, y sus conocimientos le daban actualidad en esos días solemnes. Luis el grande, en estilo oficial nuestro muy amado abuelo el duque de Anjou,

doña María Luisa de Saboya, doña Isabel de Farnesio, don Carlos III el soberano lleno de inteligencias, ocupaban un lugar preferente en la conversación. Se seguían con interés esas líneas inacabables de reyes y hombres notables que entroncaban unas con otras, hasta terminar en Priamo, rey de Troya, donde se pierde el surco histórico de la muy augusta casa de Borbón.

Algunas veces, muy raras, un alborozado interés dominaba en la reunión. Un nuevo invitado, alto funcionario, recién venido de España, traía ó inventaba toda la chismografía de la corte. En tiempo de don Fer-

nando VI las crónicas eran sabrosas y llenas de collonerías. Su majestad evacuaba todas sus diligencias en la cama, y no permitía que le mudaran ropas; y en sus ratos de enojo bombardeaba á sus ministros con todas esas cosas...

Y quedaban impresionados. En sordina y muy despacio se hacía el comentario. Alguna buena mañana se despertaban al són de cajas y pífanos, con este bando: Que siendo inútiles para con la corte de Londres los medios prudentes y eficaces, que su majestad ha puesto en práctica y pudieron sugerirle su constante amor á la paz y el bien de la humanidad y

de sus vasallos, ha determinado aun obrando contra estos sentimientos declarar la guerra al rey de la Gran Bretaña, y ordenar justamente precisado que poniéndose todos sus vasallos en defensa contra el común enemigo procuren ofenderlos...

Su criterio de hombres prácticos, hecho en el negocio, no concebía esa política manejada por locos, idiotas ó caprichos de mujeres. Más de una vez las urcas holandesas é inglesas impidieron su comercio, capturaron los navíos cargados de cueros, porque doña Isabel de Farnesio buscaba un dominio soberano, para cada uno de sus hijos.

Á las nueve llegaba la primer linterna, la más puntual, la de Labarden ; y Sensano la recibía con el mismo saludo y la misma broma que se venía repitiendo desde años atrás, sin que fallara una sola vez.

— Labarden va renegando del Renegado de anoche.

— La cara asustada de Sensano, los gritos de su hija Juana, respondía el otro, apagando de un soplo su farol.

Y con pocos minutos de intervalo llegaban las demás linternas ; don Bonifacio de Aramburu, comerciante de la plaza Chica, de origen portugués, casado con Juana Gómez, natural de

estos reinos; don Ventura de Llorente, dueño de una gran tienda frente de los franciscanos, y donde se reunían á charlar por las tardes, junto con algunos padres de los graves y discretos; don Manuel Antonio del Atoral, estanciero de los Montes Grandes, con chacra bien cultivada en los alrededores del ejido, por el oeste; don Bartolo Alquilazed, naviero del río de la Plata, con permiso hasta Montevideo, contrabandista, dueño de muchos esclavos, rico y con vinculaciones entre los personajes de la Fortaleza.

Una noche del mes de junio de 178... estaban entregados á su juego favorito. Una luz suave alumbraba la sala, los muebles Luis XV de jacarandá, forrados de damasco rojo, el clavicordio que tocaba Juana, los retratos al óleo de un dibujo elemental y duro, como si los retratados fueran de palo. El reloj de bronce y oro, adornado con unos amores alegres y discretos, dió las nueve con cierto énfasis y sonora majestuosidad. Junto con el último toque se entreabrió la ventana y echaron un papel, con tan buen acierto que cayó en el mismo centro de la mesa ; todos se sobresaltaron mucho. El pliego cerrado

con obleas llevaba esta inscripción, en letras grandes y disimuladas:

« Suplico á usted lo lea en su tertulia y procure su publicación pasándolo á lo de Escalada. »

Sorprendidos é indecisos miraban el papel con cierta desconfianza, recelosos de que pudiera traer algún veneno ó cosa semejante. ¡ Se veían de estos sucesos raros á veces ! Así, en la corte de Francia envenenaban con guantes, anillos, ropas, cartas... hasta ocurrieron hechizos. Y cada uno formaba su juicio diferente y todos pensaban en lo que podía hacerse.

En esos días habían pegado en las puertas de los cuartos de los oficiales

reales papeles sediciosos é injuriosos. Al intendente general de ejército le pusieron un pasquín con varias figuras, una horca y escalera, un burro y un retrato mal hecho, pero se le reconocía por las inscripciones. En la tertulia de doña María Reina circuló un dibujo del juego de pelota, en el que hacía de saque el intendente, de palas los oficiales reales, y el excelentísimo señor virrey de santo que nada sabe. Toda esta cizaña era motivada por un arreglo que habían puesto en la recaudación de las reales alcabalas.

Don Benito Gómez, oficial de las reales cajas, contó entonces una sin-

gular aventura que aumentó la zozobra de la tertulia. Una noche, estando en su cuarto, embebido en su obligación, entraron intempestivamente cuatro disfrazados con redecillas. Temeroso de este arrojo se puso al lado de la mesa en que tenía sus armas. Ellos le aseguraron que no venían á matarlo, pero sí á que les entregase las instrucciones que se habían dado al intendente para la recaudación de alcabalas. Y tuvo que asegurarles que no se había hecho novedad. Quedaron satisfechos en cuanto al intendente, pero fulminaron sus iras contra el contador.

El mulato Dionisio, esclavo del

contador, andaba de cuchilla desenvainada, por si podía libertar á su amo de algún insulto. El criterio político y social de Dionisio era simple y fácil ; todas las cuestiones se resolvían con la punta de su puñal, y las mayores razones eran esas que entraban en el cuerpo de su adversario dejándole sin voz. Una tarde después de ánimas le dijo un amigo que hacía muy bien en prevenirse, pues se decía por público en la ciudad, que había de ocurrir un motín sobre el nuevo gobierno de la hacienda. Á un carpintero que vive por Santo Domingo lo tentaron para que entrase con los alborotadores.

Y Dionisio se indignaba blandiendo su cuchilla ancha y luciente, con dos dedos de filo y uno de punta. Era un bonito espécimen de su raza: delgado, jovencito, un pelo de cuarterón entre la mota y el rulo. En casa del contador era el chiche de las señoras. Cebaba el mate, y la bombilla pasaba de sus labios sensuales, gruesos y rojos, á las deliciosas boquitas de las niñas. Entraba á los aposentos sin que lo llamaran, como si no tuviera sexo, un amorcito inofensivo.

Todos decían que era hijo del contador por el parecido; fruto de una siesta primaveral en la hamaca sus-

pendida de un parral en flor. Entre dos mates, la madre de Dionisio, una fresca negrita de Angola, se desvaneció.

Y el hijo con toda inconciencia vengaba á la madre. En los juegos é intimidades más ó menos innocuos se producía el episodio grave, un segundo de olvido, y algún descendiente del contador Manzanares nacía trigueño obscuro, con más gracia y agilidad mental que sus hermanos, vivo, picaresco y músico. Los padres de San Francisco, graves y discretos, enseñaban que las transformaciones de la raza eran debidas al clima, y no andaban equivocados.

Los tertulianos continuaban suspensos, indecisos, sin atreverse á proceder. Don Benito Gómez aumentó su zozobra, refiriéndoles el disgusto del señor virrey por estos anónimos é insultos misteriosos que tenían agitada la ciudad. Actos prohibidos por derecho, había dicho con enojo su excelencia, y á los que era necesario poner debido remedio, apartando esa cizaña de la república. Y el señor Vértiz no bromeaba, y menos con estas cosas.

Entonces entró Dionisio: pasaba y creyó ver á la Chepa Leona detenerse, empujar la ventana, y desaparecer en la obscuridad de la calle.

Este dato los puso risueños, tranquilizándolos.

— Audacias de la Chepa, dijo don Benito.

Y todos se animaron: una ligera excitación, como si ese nombre hubiera tenido secretas virtudes estimulantes.

— Es muy escandalosa, dijeron el contador y el naviero Alquilazed.

Tenían razón, la Chepa alarmaba á la misma autoridad: usaba manto, oro, plata, perlas, encajes finos y seda en sus mantillas, polleras y medias. Se había dictado un bando inspirado por el contador Manzanares, para reprimir esos grandes escándalos

que causan en esta ciudad las mulatas, por los desórdenes en el vestir con galas que no son de su esfera, ni pueden costear con lícito trabajo personal, decía el grave y sesudo Manzanares. Así, quedaba reducida la elegancia femenina á su porción congrua, casi ascética: mantillas de tafetán, polleras con vueltas angostas, todo honesto; pena de perdimiento de lo que trajeren.

El contador, hombre resuelto, recogió el sobre y sacó varios papeles cortados como cedulillas de San Juan, con estas delicias:

Esta noche he tomado mate
y á la noche te espero.

Bonito chasco si no me llama
el conde mi amigo.

¡ Salga pronto dentro ó fuera !
Delgadita la Chepita.

Yo vivo en el Retíro, ¿ me conoces ?

Seguían unas aleluyas, género de poesía fina, muy floresciente. La ironía criolla había adoptado esa forma fácil y clara. Cada uno de los personajes sociales veía su caricatura en dos versos que ponían de relieve las fallas de sus cuerpos y almas.

El señor regidor Ramos
compone bien una copla :
Don Luís Ramírez le sopla
por la boca de un embudo.

Llorente de un estornudo
estrellas vuelve en cometas.

Correa se ahorra el pan
porque siempre está de dieta.

La Manuela Echevarría
ha acortado un poco el paso.

La peluca de Colina
se ha peinado esta semana.

Dió á luz sus grandes deseos
nuestro monigote Arana.

Agraciado es el señor
Don Ignacio de Irigoyen.

El doctor Avellaneda
mandó á París por anteojos.

Sobrepelliz y bonete
no hay como la de Mansilla.

Nada el juicio me quita
más que el aire de Pacheco.

Se venden en lo de Aguirre
las uñas de siete pelos.

Con tanto comer azúcar
perdió los dientes Perales.

So mentecato de Labarden.

Parece un cacique
con su bastón Rivadavia.

Así, los dichos papeles eran un género de pasatiempo; no eran graves, ni contenían cosa alguna contra

el honor y estimación de la tertulia. Pero se suspendió el Renegado, se encendieron las linternas, y se dispersaron las luces por las obscuras cuadras del barrio.

II

Por la calle de las Torres las luces de Sensano y Manzanares oscilaban en forma alarmante. La noche era tibia, algo cargada por una brisa que se iniciaba del norte. Una noche llena de lujurias, saturada de azahares, de ráfagas lúbricas que venían de todos los jardines; un ambiente de tierra humedecida; de flores y frutas en broto.

Aparte los niños, nadie dormía.

Por las ventanas abiertas salían las voces apagadas, los murmullos, los suspiros. En el fondo obscuro de las habitaciones se destacaban sombras blancas, finas siluetas que se desvanecían entonando dulcemente alguna canción de amor:

Que entre los gustos de amores (1)
la noche se estime tanto!

Manzanares y Sensano impresionados por esos arrullos de contraltos y sopranos en sordina que se llevaba la brisa...

(1) Cancionero de Góngora.

Despertad hermosa Celia (1)
si por ventura dormís!

demoraban el paso, silenciosos, absortos en una dramática contemplación íntima. Los oprimía la vida en su ocaso, y humildes y cabizbajos se sentían dominados por esa atmósfera de suaves misterios, de pasiones y deseos inextinguibles, de juventud y de amor.

Cerca de la calle que viene de la plaza Chica oyeron unos acordes de guitarra, y el músico cantaba:

Aunque usen los amantes (1)
distintas voces,

(1) De Ramón de la Cruz.

lo propio dice el majo
que los señores.
Anda morena
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.

¡ Dionisio ! repitieron alegres voces desde las ventanas. Y las cabecitas morenas justificaban la estrofa, con sus trenzas de azabache que se deshacían en ondulaciones elegantes hasta besar los pies.

Dionisio venía de enamorar á la Chepa, que lo desairó siempre porque era pardo y de servicio. Se habían cruzado cerca de las Huérfanas, y durante varias cuadras la acompañó á cierta distancia tarareando :

La Francisquita es aquella (1)
mi compañera pasada ;
pero va con un usía,
no sé si me atreva á hablarla.

hasta que la perdió de vista entre los cercos por San Nicolás.

Ufano y risueño el pardito repartía saludos, chismes y misivas de interés, y tenía su gracia en su papel de intermediario noticioso ; con sus ojos sensuales y lascivos, su aire alegre é insolente, igualmente apto para entonar una canción, tocar el clavicordio ó la guitarra, y pegar una puñalada, si el caso se ofrecía.

(1) De la Cruz.

162277

Á Manzanares, como buen castellano viejo, le disgustaban estas exuberancias. Pensaba decírselo al reverendo padre Garay para que las corrigiera. Tenían razón los reverendos peninsulares ; con este clima y este aire liviano, las noches azuladas que respiran todo el calor del sol, es imposible la disciplina seria de las pasiones ; el tumulto interior es demasiado brioso y simpático. La voluptuosidad se confunde con la virtud, por su tono ingenuo y sincero ; las palabras de amor se dicen con la unción de una plegaria.

Al mismo tiempo pensaba en su hogar, en Claudia ; un ambiente tan

diverso, otro clima, otro aire... y lo peor del caso era que en el fondo encontraba una gracia, una frescura, una vida tan nueva é insospechada á esa cuadra de la calle de las Torres! En su tiempo y en Castilla las niñas se educaban en la clausura de los noviciados. No tenían otros amores que esos místicos con Nuestro Señor y los santos y santas del cielo. Así, él había conocido á Claudia después de la ceremonia. Pero en Buenos Aires no existían casas de educación cristiana, á pesar de los esfuerzos de los obispos. Más de una vez, monseñor había hablado á las Catalinas de la instrucción de su santidad Be-

nedicto XIV, que aprueba y recomienda la práctica de admitir niñas educandas en los conventos, pero inútilmente.

III

Los tertulianos se habían comprometido á guardar estricta reserva sobre el pasquín. Las leyes eran muy severas. El rey castigaba estos libelos con la misma pena que impondría al infamado si se le comprobase su infamia. En los casos verdaderamente infamatorios la ley de partida impone la pena de muerte, y en las demás injurias las leyes de Castilla castigan con la simple

palinodia, y una multa pecuniaria.

Debido á una indiscreción del hermano del vista supo lo del pasquín algún familiar del gobierno, y así se divulgaron las cosas, y la autoridad tomó cartas en el asunto con toda la energía que reclamaba el suceso.

Sensano estaba impresionado. Como escribano mayor de gobierno había promulgado un bando que se refería á estos pasquines, á són de cajas de guerra y pífanos, por voz de pregonero acompañado de tropa: que todos los que los tuviesen, gritó Damián, los entreguen á los jueces en el término preciso de veinticuatro horas, y que de lo contrario

serán castigados conforme al rigor de las leyes.

Ya comenzaba á alarmar al gobierno un cierto malestar del espíritu social. Una cédula reciente fulminaba á un libro francés titulado: *En el dos mil doscientos cuarenta*, libro lleno de herejías contra principios evidentes que eran la base de la monarquía. Un ejemplar de la *Historia de América*, por Robertson, fué secuestrado en Mendoza, después de una prolija pesquisa. Los acontecimientos de la América del Norte habían impresionado á los estadistas peninsulares, pero confiaban en la Divina Providencia, y como lo decía

uno de los más distinguidos palatinos de Carlos III: El genio indolente de los naturales del país es un obstáculo casi invencible que impide los progresos de su industria y de sus luces, sin lo cual no puede absolutamente verificarse lo que se pretende. Además, los ingleses, más ambiciosos que prudentes y precavidos, habían dejado tomar demasiado cuerpo á sus colonias.

Esa era también la opinión de los padres discretos y graves de San Francisco. Por eso vacilaban tanto en la creación de la Universidad. El padre Saray era radicalmente opuesto: la península tenía suficientes es-

tudios para atender á las necesidades de sus colonias.

El señor Vertiz pasaba por un día atareado, contra la costumbre ordinaria. Su secretario le daba cuenta prolija del estado de la ciudad. Todo se mantenía con mucho sosiego ; la gente andaba de buen humor, divirtiéndose con moderación ; el día de San Pedro en casa de don Pedro Amores, con dos días de comedias honestas y el tercero un poco de baile. El día de San Juan empezaron las reuniones por los arrabales de la ciudad en la Concepción, á pesar del

obispo que fulminaba sus condenaciones contra semejantes tratos ilícitos y que seducen á los hombres. También su señoría ilustrísima era enemigo de los baños públicos. El reverendo padre Negrette, de los graves y discretos, lo apoyaba, de acuerdo en ésto con el padre Garay. Las Sagradas Escrituras refieren en términos pasmosos el estrago que hizo en David la vista de Betsabé en el baño; y si en un príncipe que tenía su corazón hecho á la medida de Dios, causó tan lamentable perversión ¿ qué efectos producirá la mezcla de tantos que tienen de antemano corrompido su corazón? El argumento

era de gran eficacia é impresionaba.

Entre los contertulios de lo de Escalada, uno de los más devotos solía murmurar sobre esta obsesión de Betsabé, que perseguía al padre Negrette en la época de los baños. La conducta del rey David es censurable, pero tiene en su favor circunstancias atenuantes. Ignoraba que la sensual ondina que se desnudaba frente á su terraza, fuera la esposa de uno de sus valientes generales; este detalle lo supo después, entre amorosas confidencias, y no amargó su felicidad. Además, ¿hasta dónde puede afirmar un historiador concienzudo que no hubo malicia en

Betsabé ? El texto bíblico no abunda en circunstancias ; con una sobriedad lamentable nos dice que el rey vió una mujer que se bañaba frente á su terraza, y esa mujer era bella, y al parecer muy sumisa y respetuosa.

— Entre Warnes y Azcuénaga, continuó el secretario, hubo un disgusto por la Residencia. Se desafiaron á la ribera y sacaron las espadas, pero todo no pasó de palabras.

— Á ese Warnes, dijo el virrey, se le destierra á Corrientes, y que parta en el término de veinticuatro horas.

Y el secretario tomó nota.

— Hubo otro altercado cerca de una casa del barrio de San Nicolás,

donde vive una mujer bien parecida, que tiene su marido y sus padres en Montevideo. Los sujetos están expuestos á una desgracia por lo encendido de sus pasiones.

— Lo más prudente, dijo el virrey, es alejar la causa, y puesto que la mujer tiene su familia en Montevideo, la quitaremos de aquí y que vaya á vivir con su marido.

Y el secretario continuó :

— Las honras de don Salvador Flores se celebraron con demasiado exceso, haciéndose reparable á todos el grandor del túmulo de cuatro arcos elevados con iluminación y altura exorbitantes, cuyo costo no puede

menos de haber ascendido á muchos pesos; habiéndoseles negado á sus albaceas por su señoría ilustrísima la licencia que pidieron de celebrar en él á un tiempo tres misas cantadas.

— Sería conveniente averiguar qué fortuna deja, observó el virrey, y cómo la ha ganado. Busque copia de su testamento. ¿La esposa es rica?

— Sólo trajo al matrimonio la decencia de su persona, según reza el testamento, cuya copia reservada me entregó el escribano don Pedro Núñez, replicó el secretario. La fortuna es relativamente grande, varias casas en la ciudad, un lote de chacra y una estancia.

— ¿ Y en dinero ? preguntó el virrey.

— En dinero, contestó el secretario, deja para misas y además unos créditos.

Y el virrey y el secretario reflexionarían sobre esa misteriosa alma de don Salvador Flores. Así, después de haber pasado su vida confundiendo la vara de Burgos con la de Cádiz, según los clientes, sentado en un sillón de paja verde junto á las pilas de trapos y comestibles, su espíritu exigía un túmulo de cuatro arcos, y tres misas cantadas á un tiempo ! ¿ No habría sido más natural, buen don Salvador, que fueras á sumergirte

en el alma universal en una forma simple y humilde, como tus tareas y tu vida, libre de las varas de Burgos y de Cádiz, de todas tus pequeñeces y miserias, transformado por la muerte en una esencia divina y eterna? Una sola misa, una plegaria sincera recitada al pie del altar, en un claustro obscuro y silencioso, era lo que requería tu alma para purificarse; habría ascendido junto con la espiral de humo de los cirios á la misteriosa esencia de las cosas! Descansa en paz y que el peso de tu túmulo de cuatro arcos y el ruído de los órganos de tus misas cantadas á un tiempo, y las voces ásperas é indiferentes de

los celebrantes no perturben tu apacible sueño.

Y con estas reflexiones terminó el día oficial del virrey. En paz con los portugueses las tareas del gobierno eran sencillas. En primer lugar el comentario de todas las cosas que podrían hacerse : empedrados, muelles, edificios, universidad — para las que faltaba dinero — el virreinato vivió siempre atrasado, en una lucha brava con sus finanzas. En segundo término la chismografía política y social, considerada como rama de la administración pública. Por eso las comedias de don Pedro Amores, el túmulo de don Salvador Flores

eran asuntos graves de gobierno.

En semejante calma los pasquines de la tertulia de Escalada adquirían las proporciones de un tema sensacional. Á nadie le cabía duda de la complicidad de la Chepa; pero la simple impresión nocturna de Dionisio era insuficiente. Sin embargo, habían algunas presunciones graves que recordó el secretario. Sensano, en su carácter de escribano de gobierno, promulgó el bando contra los desórdenes de las mulatas en una forma demasiado aparatosa: salió del fuerte por la tarde, acompañado del ayudante y demás oficiales del presidio, y se detuvieron frente á los

cuartos de la Chepa, y á són de cajas de guerra publicaron el bando, por voz de Matías, mulato pregonero, con toda intención y malicia. Y el comentario general decía que la Chepa purgaba sus desaires á ciertos jefes y altos funcionarios, lo que era una impertinencia. Matías, obedeciendo á instrucciones del capitán de lanzas don Mendo, acentuaba estas frases :

— Que las que no tuviesen forma de mantenerse en un lícito trabajo personal, se conchaven á servir para estar recogidas.

Y Sensano se reía á pesar de la solemnidad de los pífanos y tambores.

Pero como resultara con evidencia que el hermano de Escalada, Labarden y otros, habían circulado el pasquín, y esto constituía una grave falta; por pronta providencia el señor Vertiz los constituyó en prisión en sus respectivos domicilios, por varios meses, para que reflexionaran, y además á la palinodia simple, pena suave porque todo ese mundo estaba habituado á cumplirla, los grandes y los chicos, empezando por el Cabildo que á menudo la entonaba en coro.

IV

Sensano estaba muy disgustado. El día era de novedades extraordinarias. Por la mañana lo llamó su excelencia el virrey á su despacho, y le enseñó una real cédula referente á personas muy principales, llena de enojos y con penas graves.

En tiempo de Zeballos algunos tertulianos, regidores, empleados, el teniente de rey de Salas, Torres, y otros, se preocuparon, como temas de

comentarios, de las cosas públicas; y tanto que olvidaban su Renegado de á real y cuartillo, en un entusiasmo repentino é inmotivado por el mejor gobierno de la ciudad. Los empedrados y aceras, la salazón de carnes, el muelle, la alameda, los estudios y la universidad, eran asuntos de conversación diaria; y tal vez los discursos de Salas sobre estos tópicos administrativos, habían despertado instintos políticos adormecidos por la paternal mano del monarca.

Así, muy sumisamente representaron á su majestad sobre el estanco del tabaco y naipes, después de detenidas discusiones, y hasta con la apro-

bación disimulada del reverendo padre Negrete, de los graves y discretos de San Francisco.

Arrastrados por el teniente Salas solicitaron la prolongación de Zeballos, con él que parecían conformes y contentos. No obstante, Vertiz tenía sus partidarios entusiastas, y en su intimidad muchos tertulianos habrían votado por Labarden que era poeta, y gran autor de comedias de temas heroicos, y versos también heroicos. Con la ayuda de tantas buenas voluntades los hombres crecían en proporciones extraordinarias. Á fines del siglo Siripo y Lucía se introdujeron con sus ponchos pam-

pas entre los héroes de la antigüedad clásica.

... ¿ Dí tu, Lucía, merecedor me juzgas de tu agrado

Dichos por Dionisio estos versos eran deliciosos, suaves, con el discreto sabor de la canela. Lucía se convertía en el personaje de almíbar soñado por el poeta. Siripo, en cambio, empuñaba la bocina desde la fecha hasta la cruz :

¡ Á sufrir su venganza preparaos !

. . . . . .

Salud gocéis, cacique, el fuerte, bravo
que estas playas domina !

Y sin embargo, el padre Anselmo, definidor de la Merced, no participaba de estos entusiasmos, circunstancia que les enfriaba ese placer de elogiarse. Medían con la vara de Burgos, sin decirlo, lo que traía confusiones con otras usuales de Cádiz ó Ávila, ó graves ilusiones pensando que fuera la medida idéntica á la de Francia, Inglaterra, ó Flandes. Para los pulperos el Cabildo había resuelto « que se arregle para lo sucesivo la vara de medir en esta ciudad y toda su jurisdicción á lo que se acostumbra en la de Cádiz, esté aquella ó no lo esté conforme al marco de Ávila ó Burgos, y que el fiel ejecutor forme

una bajo de este concepto para que colocándose en estas casas capitulares se arreglen todas las que en la ciudad deben servir ». Pero desgraciadamente esto no rezaba con los valores morales y sociales. La vara de Burgos continuaba sofisticando ; los hombres medían tres, cuatro, cinco varas, verdaderos gigantes en Burgos, medianos según la vara de Ávila, enanos con la medida de Flandes. Así, el padre Anselmo no era querido por su afición á estas reducciones á la medida de Flandes, que implicaban sabrosas ironías.

El estanco funcionaba desde tiempo atrás para mayor felicidad de sus ama-

dos súbditos, como decía su majestad; el señor Vertiz en el pleno ejercicio de sus augustas funciones; la alameda, el muelle, los empedrados y la salazón en carpetas de marroquí. Así, todas estas cosas estaban olvidadas y la real cédula los despertaría con toda sorpresa.

La campana del Cabildo llamó á reunión con repiques espaciados, sonoros y graves. La asamblea era solemne. Damián el negro pregonero se paseaba con nervios; el verdugo Antonio asomó por las puertas de la cárcel, limpiando unos grillos que

tenía en arreglo. Las gentes se detenían á contemplar la regia bandera que flameaba en la fortaleza.

Desde su despacho el señor Vertiz contemplaba la escena. Era un hombre grave y serio, honesto y lleno de decoro en toda su persona, pobre y honrado á carta cabal, aun sometido á la medida de Flandes. Siendo gobernador desterró de su casa todo genero de regalos, donaciones y gajes, aun los que llaman de tabla, á los que no halló otro fundado principio que la envejecida práctica de sus predecesores. Vivía sujeto al sueldo, del que era preciso saliera para pagar secretario y demás dependientes, in-

clusive un abogado, necesario para el mejor desempeño de sus atribuciones. Para venir á Buenos Aires se había endeudado en algunos pesos, de los que estaba en descubierto, sin contar con lo que había sido preciso comprar para poner en mediana decencia la casa. Pero, como le escribía al ministro Aranda, jamás su corazón tuvo el menor apego al interés.

Era modesto y austero. Cuando su recepción oficial del virreinato, el habilitado decretó fiestas, convites y toros, y el señor Vertiz previno que no admitía esos gastos, y que los pagarían de su peculio los regidores.

Así, la presentación á su majestad

de sus antiguos gobernados pidiendo la continuación de Zeballos, debió ofenderlo en lo más íntimo de su alma. Era una ingratitud, complicada con ese espíritu de adulación y ligereza, tan antipáticos á la seriedad de su carácter. Perdonaba porque era filósofo y resignado á todas las malicias humanas. Desde esa altura de representante del vicario de Dios, puesto sobre los hombres para mantenerlos en justicia y en verdad, todas esas pequeñeces se esfumaban; el mundo de la realidad desaparecería confundiéndose en otro transcendental, lleno de ideales y de majestad, la esfera de la historia en la que viven

los grandes gobernantes. Los hombres son efímeros y pasan, reflexionaría el virrey, pero la tierra rica y espléndida, con sus ríos, sus puertos y su clima es eterna, y guardará la fama de los que la cuidan y protegen.

Entretanto la plaza se animaba. Los mercachifles y pulperos olvidaban su negocio en la sorpresa de ese repique extraordinario. Algunos religiosos novicios de San Francisco y de la Merced se asomaron á las bocacalles indagando con viva curiosidad. El obispo envió á su secretario á inquirir las novedades. Dionisio re-

corría la plaza visiblemente agitado. La Chepa apareció risueña por la calle de San Francisco, con mantilla de tafetán y pollera de vueltas angostas, todo muy honesto; pero llevaba las sedas, las perlas y los encajes prohibidos en sus ojos brillantes, picarescos, llenos de deliciosa malicia:

—¡Símbolo del demonio!... ¡cruz! dijo el reverendo padre Negrete, de los graves y discretos de San Francisco, persignándose, y siguió apresurado al Cabildo.

Lorenzo negro se presentó con su aire bonachón y resignado, comiendo una rosca de mandioca, se-

guido de su esposa Rita, que escupía hojas de menta y abría las narices respirando ese pampero fresco lleno de vida y sol. Vivían de rentas y de recuerdos, en un sitio regalado por Pina, á espaldas de San Nicolás. Criaban pollos, fabricaban dulces y torrejas, y supremo lujo, tenían dos esclavos de Angola, lo que les permitía tomar aire todos los días.

Sensano cruzó la plaza, debidamente escoltado, seguido por los pífanos y tambores del Real Presidio, con la real cédula bien guardada en su cartera de marroquí.

En la puerta del Cabildo lo esperaba el regidor alcalde de primer voto

don Gregorio Ramos, acompañado del fiel ejecutor y otras dignidades.

Todos los regidores se pusieron de pie en actitud de pleito homenaje. La real orden escrita con admirable y nítida caligrafía, en un papel de hilo blanquísimo, con su sello rojo bien lacrado, se alzó sobre sus cabezas en manos del alcalde, como si fuera el Santo Sacramento. Era el signo visible de la voluntad real, con la rúbrica de su majestad « Yo el rey », puesta con letra que podía atribuirse á un octogenario ó á un niño en los primeros palotes.

Y se arrodillaron, oprimidos por aquel poder irresistible, misterioso,

superhumano, el vicario de Dios... Y el regidor la besó conmovido, tembloroso, jurando por Dios y Su Santísima Madre prestarle el acatamiento debido, como orden de su majestad.

En medio de un religioso silencio resonaba la voz del alcalde: Su majestad ha desaprobado uno y otro acuerdo como irregular y destituído de todo fundamento, y le manda advertir á ese Cabildo que no tiene derecho, ni facultad alguna para mezclarse ni oponerse en estos asuntos, y que en adelante se abstenga de representar en materias que son privativas de la potestad suprema y han

merecido la aprobación de su majestad.

Y la campana seguía doblando muy lentamente, con un eco funerario, lleno de melancolía y tristeza.

El virrey era idealista; en su concepto como en el del padre Anselmo, el que injustamente deprime á un hombre, altera la suprema belleza de esa « idea humana » creada por Dios en un minuto de divino genio. Como lo pensaba un filósofo y poeta, cada individuo es un reflejo del Todo, y aunque su medida sea ordinariamente de seis pies, se prolonga en altura y profundidad invisibles, sumergido en las regiones de la inmen-

sidad y de la eternidad: la vida, escribe, es una trama de luz sobre un fondo de místicas tinieblas. Y el padre Anselmo que era místico, y el virrey que era filósofo, pensaban que su majestad había incurrido en un grave error penetrado de honda maldad.

El padre Garay, definidor de Santo Domingo, confundía el respeto de la dignidad humana con los respetos individuales, y no reflexionaba que ese acto político, por su carácter solemne, por su origen augusto, humillaba á determinados funcionarios, cosa efímera; pero afectaba de reflejo la dignidad de hombre, y eso era

de una gravedad transcendental para el progreso del país.

El padre Garay tenía cierta inquina contra la ciudad y sus habitantes. La atmósfera de elementos demoniacos relajaba todas las disciplinas y excitaba las pasiones. Hasta la vida conventual sufría la influencia de este medio lacio. Los monjes rezaban sin fervor, y refunfuñaban por los deberes del coro. Á medianoche, á esa hora de las místicas expansiones, ya « no se levantaban con el corazón á lo que no se ve con los ojos », según la feliz expresión de un afamado jerónimo. Por las ventanas de las celdas penetraba la diabólica esencia en los

perfumes de las flores, en el rayo de luna que bañaba los naranjales, las camelias y los jazmines, é inquietaba con terrible igualdad á profesos y novicios.

El padre Garay exageraba; pero su antipatía hacia todas las amabilidades efímeras de la vida era invencible. Debió pensar que el señor no creó con malicia todas esas cosas bellas que son el encanto, la poesía, y la razón secreta de su obra. Confundida con esos aires de flores la plegaria es más liviana y se desliza por entre las nubes, al cielo.

Estos eran los conceptos que le oponía el padre Anselmo con algún

disimulo. Pero el padre Garay se enardecía con el clima, con las cosas, con los hombres... Á medida que pasaban por la plaza los regidores decía sus peores sarcasmos. En su furia los trataba de plebeyos y mulatos, negándoles hasta el derecho de usar el « don » que satisfacía sus vanidades hijodalgas. El padre Anselmo excucusaba estas insignificancias, pero el padre Garay insistía con ardor. Sus argumentos se fundaban en estricto derecho : según Cobarrubias fué título de nobles en lo antiguo, y la academia cree que lo fué de personas constituídas en dignidad. En tiempos remotos se usaba con el riguroso sig-

nificado de amo y señor, como diminutivo de *dóminus*, sincopado *domnus* y abreviado dom...

Y el reverendo padre Anselmo, muy risueño, le observó que un poeta muy antiguo llama á Jesucristo dom Jesucristo.

En el nome del padre que fizo toda cosa
é de dom Jesucristo fi de la gloriosa...

V

Tenía razón la Chepa; pero sus agravios fueron todavía más graves; todo un drama que se desarrolló en la pulpería de su esposo Menéndez. La autoridad eclesiástica iniciaba la persecución pretextando su disgusto por estos matrimonios entre personas desiguales como españoles con mulatos, hijos de padres honrados con hijos de los que no lo son, y de baja esfera: que hay en la ciudad, ha-

bía dicho en una pastoral su señoría ilustrísima con rara lógica, muchos herejes, judíos y protestantes, ocultos en estos matrimonios. Y para precaver estos males creaba un nuevo impuesto, obligando á solicitar en la curia los permisos de matrimonio, testimonios de defunción y bautismo, previo pago de dos pesos.

Una mañana el cura de San Nicolás llamó á Menéndez á su despacho, y á propósito de denuncias recibidas sobre libertades que se tomaba la Chepa con los parroquianos, y otras cosas que ocasionaban escándalo, ordenó que le pusiera grillos por un mes y le aplicara cincuenta azotes.

Menéndez era bonachón y risueño, y sabía á qué atenerse sobre la Chepa. Era cierto que á menudo bailaban y se organizaban fandangos muy celebrados y bien concurridos. Y aunque en la forma pudiera á veces faltarse á la compostura debida, en el fondo todo era honesto y con el fin lícito de divertirse. Además estaba enamorado de su mujer, por eso se había casado, á pesar de ser ella mulata, cuarterona, y el hidalgo, pariente de unos grandes de España, que vivían de réditos en la corte; un parentesco muy lejano, tan lejano que apenas se veía con mucha atención y presencia de ingenio, para no

perderse en las complicadas genealogías. Por otra parte, este miraje de nobleza era endémico en la ciudad, y todos, hasta los más humildes hallaban en sus venas la discreta línea azul, que crecía ó se atenuaba en relación directa con la fortuna.

Así, recapitulando sobre esa condena, Menéndez regresó á su pulpería cabizbajo y dolorido. Todavía los grillos podían colocarse con maña y suavidad; la Chepa se encerraría un mes en su aposento, y ya se encargarían de entretenerla: como era muy golosa con golosinas, chinchulines jugosos, tortas especiales y pasteles que cocinaba Rita, la mujer de

Lorenzo el negro, su amigo; y Pina tocaría la guitarra, y don Pedro Cabrito cantaría esas canciones de España, tan lindas y arrullonas, que le gustan mucho á la Chepa! Pero los azotes! Dios Santo!

Y al llegar á su casa se encontró con grandes novedades. El subejecutor Torres había impresionado la pulpería, acompañado del alguacil y otros funcionarios. ¿Estaría la Chepa de mal humor? pues los recibió con cierta impertinencia, cantando á media voz:

Me has hecho una herida,
ven á curarla, amor mío!

El digno magistrado municipal la miraba con toda su dignidad y decoro de regidor sorprendido. Pero en la tonada y en el gesto había gracia suave y mucha seducción, como para borrar el enojo y predisponer á los sentimientos benévolos. Así, el regidor sonreía en su intimidad á ese arrullo de « amor mío » que perturbaba, con su discreta sensualidad. La humilde pulpería resultaba simpática y agradable, un lugar de distracción y despejo.

El inventario fué prolijo y muy conversado. Comenzó por el examen de la lista de precios, puesta en parte donde la ven todos: de las medidas,

las famosas varas de Cádiz, de Burgos, de Avila, cotejadas con la aceptada por el Cabildo. Después los artículos, el aguardiente y el vino en botijas, el aceite ; los naipes y el tabaco se revisaron dos veces, con manifiesta desconfianza.

Casualmente la víspera había ocurrido un ruídoso incidente en estas persecuciones del contrabando. La ronda de rentas oyó rumor de caballos que pasaban por la calle del hueco que llaman de Ña Gracia, cerca de la pulpería, sin que les permitiera la obscuridad distinguir la gente que caminaba. El fiel ejecutor le salió al encuentro diciendo en alta voz : ¡alto

á la ronda de rentas! — y le respondieron, ahora lo verá la ronda, disparando á este tiempo dos tiros con armas de fuego.

La Chepa contó como la habían despertado los estampidos y las carreras de los caballos. El regidor parecía bien impresionado con los miedos de la Chepa. En esos momentos llegó Menéndez y continuaron el entretenido comentario de los sucesos. Por la mañana salieron con Nicolás, cuyo oficio es trabajar en tiendas y pulperías, á la misa de aurora; y encontraron á un mozo llamado Juan, que asiste en la esquina frente á las casas de unos tenderos. Y des-

pués se pusieron á barrer, ya de día claro. En eso se acercó un mozo natural de Santa Fe, que llamaban Pancho, preguntando si querían comprar algún polvillo; pero en el recelo de que fuera mal habido ni quisieron verlo.

En estas conversaciones se pasó una hora. La Chepa, Nicolás, Menéndez, todos peroraban sobre los inconvenientes del estanco del ramo de tabacos: resultaba más caro y de peor calidad. El pan subía de precio en forma escandalosa; los panaderos ocultaban el trigo y los pobres comenzaban á padecer. Es cierto que se alimentaban con churrascos y

mate; pero de todas maneras extrañaban la galleta y los amasijos de harina.

El fiel ejecutor andaba poniendo orden en estas cosas. Y le notificó á Menéndez que se abstuviera de vender pan en su pulpería, pues el Cabildo había resuelto que sólo se vendiera en la plaza Mayor. Así se vigilaría mejor, evitándose los fraudes y picardías de los panaderos.

—Y tampoco vendas vino, Menéndez, hasta que se acabe el de Luis Toro, que le ofrece á ocho pesos la arroba, dijo el regidor; y además, jabón del Tucumán que se reserva

para Mateo Allende, que lo ofrece á dos reales.

—¿ Y qué he de vender? replicó el infeliz pulpero, aturdido por esos golpes que lo arruinaban.

— Vende los tabacos, los naipes, los otros géneros, dijo el regidor.

En su pulpería de barrio pobre esos artículos no se negociaban, eran de lujo. Con un poncho viejo se vestía una familia, haciendo prodigios de confección. La taba desalojaba á los naipes, y por lo referente al renglón de tabacos, el pobrerío fumaba unas hojas innombrables del Paraguay, introducidas de mil maneras ilícitas.

Así, Menéndez debió marcar aquel

día con una raya muy negra, en su almanaque de pulpero. Antes de obscurecer, los grillos á la Chepa ; al toque de ánimas vendría el cura á verificar el cumplimiento de las penas ; después los azotes en su presencia ; y para exceso de amargura el fiel ejecutor lo arruinaba con sus decretos en beneficio de otros pulperos.

VI

Dominado por una tristeza profunda saltó Menéndez en su petizo, y se dirigió á la cárcel, en busca del verdugo Antonio, para que le prestara los grillos y las correas.

Cerca de San Miguel hubo de desviarse porque llevaban un muerto que despedía un olor muy feo. Frente á la Hermandad se había empantanado una carreta cargada con pipas de aguardiente y cueros. El boyero esperaba que se secara el barro del

último temporal y se arreglara la calle para salir. Mientras tanto los bueyes descansaban en unos baldíos cercanos, y lo miraban lentamente con una impresión de simpatía muda é intensa. Por pasar el tiempo guiñaba á una pardita de la hermandad ; mateaba y churrasqueaba bajo su carro, tranquilo é indiferente, seguro de que las cosas se arreglarían con paciencia. En su alma simple y sin complicaciones las cosas y los sucesos, grandes ó pequeños, eran porque debían ser. El universo le parecía demasiado milagroso y sobrehumano. Pretender modificar el curso del Destino, aún en simples detalles como el atasca-

miento de una carreta, una tarea ridícula y vana. En la plácida somnolencia de su vida interior sólo el churrasco, el mate y la pardita vecina irradiaban alguna emoción, perturbando esa admirable ecuanimidad de espíritu.

Acostado á la sombra del carro, el Rengo miraba con sus ojos claros y serenos; satisfecho, luciente y gordo; en una situación de inmejorable bienestar. De vez en cuando acariciaba su pata con la lengua ó cazaba alguna mosca atrevida. Tranquilo y pacífico, observaría este mundo lleno de misterios, en el que comprendía muy pocas cosas, todas muy interesantes

y muy útiles ; y con sabia prudencia se despreocupaba del resto.

Las aves domésticas picoteaban en las calles, en pacíficos y pintorescos grupos. Á veces algún muchacho travieso, un perro ó una rata, alborotaban el ambulante gallinero. Y el gallo erguía la cabeza, cacareaba y partía en majestuoso trote, seguido de todo su harem preso del pánico ; de los patos y gansos más lentos y ridículos en la fuga. Y al poco andar se restablecía la paz y la tranquilidad.

El repique de las campanas que celebraban las vísperas de San Pedro y San Juan, alegraba el ambiente puro y diáfano de esa tarde. Las de

Santo Domingo eran más cristalinas, las de San Francisco abaritonadas, las Catalinas sonoras, graves y profundas. Los ecos metálicos recorrían la atmósfera en una alegre ronda, despertando la ciudad adormecida, en su habitual siesta. Los hombres asomaban en mangas de camisa, chupando el mate, seguidos de la negrita cebadora. Las señoras con sus mantones, las niñas de mantilla iban á la novena, al sermón, al amable charlar de la entrada y salida del templo.

Cerca de la plaza Mayor venían los reverendos padres Negrete y Anselmo, de los graves y discretos: frescos, gordos, lozanos y con aire

satisfecho. El petizo se detuvo espontáneamente; estaba habituado á ese homenaje; y Menéndez corrió á besar las manos paternales que lo bendijeron con unción y bondad. El padre Negrete observó que le había anunciado en tiempo oportuno los peligros de la Chepa; mujer liviana, muy alegre y golosa.

— Hasta por la calle, decía el reverendo padre, come rosquitas y bollos de mandioca!

Y era cierto. La Chepa vivía para comer. Sus dientes admirables, pequeños y afilados, trituraban con deliciosa facilidad los dulces y caramelos, los bizcochos y alfajores, y

con mucha gracia y limpieza. Sabía sonreir comiendo. El reverendo padre sospechaba todas estas seducciones de la Chepa ; eran ardides de los demonios ocultos en esas golosinas.

Las señoras se acercaban á saludar á los padres. Humildes y con unción besaban las grandes cruces de sus rosarios ; los hombres se inclinaban con profundo respeto. Y los reverendos continuaban su paseo, con andar majestuoso, tranquilo y seguro ; repartiendo sus bendiciones, sus consejos y sus críticas, felices con esos signos de un dominio y prestigio indiscutidos. Á su paso el chusmerío tomaba una actitud recatada, los ena-

morados se ocultaban ; la pardita de la Hermandad que se asomó atraída por el boyero, corría llena de miedo y llorosa ante el severo gesto del padre Negrete.

Al trote lento de su petizo, Menéndez reflexionaba sobre el padre Negrete y sus juicios. Los recuerdos afluían á su memoria : sus primeras relaciones con la Chepa, esclava entonces de la familia de Llorente ; las tardes en que lo convidaba con una rosquita de mandioca mordida por ella!... esas carcajadas interminables que mostraban la doble fila de dientes sabrosos, frescos y brillantes. Así, las rosquitas, las tortas

blancas espolvoreadas con grajeas azules, rosadas y de plata, eran ardides del demonio. Y comenzó á comprender la alta filosofía de los azotes y de los grillos. Es cierto que los sufriría la Chepa, pero su objeto era ahuyentar y castigar á las feas gula y lascivia, unidas para la condenación de la deliciosa criatura.

En la esquina de la plaza estaban juntos algunos tertulianos, Gómez, Llorente, Otoral, comentando los pasquines y las penas impuestas por el señor virrey. Todos eran conocidos de Menéndez, y á menudo iban á su pulpería á comprar alguna baratija, que pagaban caro, y conversar

con la Chepa. Estarían en el secreto, pues sonrieron con malicia. Los dominicos, franciscanos, mercedarios, cruzaban la plaza en diversas direcciones, haciendo visitas de cortesía con motivo de las fiestas de San Juan.

El reverendo padre Guzmán, de los graves y discretos, definidor de Santo Domingo, se acercó al grupo. Y hablaron sobre lo acaecido el domingo á las seis de la mañana, en la temerosa tormenta que vino por la parte del sudoeste. Cayó un rayo en el almacén principal de pólvora, que tenía más de dos mil quinientos quintales, y á distancia de media legua de esta plaza. ¡ Y los efectos que esto

suele causar son lamentables y lastimosos en todas partes y tiempos con mucha menos porción! Y los padres se hacían cruces asombrados del milagro.

— Ha logrado esta ciudad, decía el padre Guzmán, no sólo no haberse derribado ninguna casa, pero ni aun muerto alguno de sus muchos individuos. Tanto beneficio procedía de la Divina Providencia, mediante la protección de su Santísima Madre, Nuestra Señora de la Concepción.

— Por singular coincidencia, agregó el reverendo padre Olmos, los alumnos del colegio de San Carlos

celebraban ese día una fiesta en su honor, con misa y sermón.

Y se quedaron pensativos, reflexionando sobre ese caso extraordinario, de innegable intervención divina. El reverendo padre Díaz, definidor de la Merced, se inclinaba á atribuir todo el mérito á San Martín, que vela con demasiada notoriedad por la conservación y progreso de Buenos Aires.

El caso era difícil y todas las opiniones lícitamente admisibles. El padre Olmos era partidario de San Cosme y San Damián que contaban muchos fieles en la ciudad. Pero ya fueran Nuestra Señora de la Con-

cepción, San Martín, San Cosme, San Damián, ó simplemente la Divina Providencia, era claro el favor del cielo, y podían estar satisfechos de la eficaz vigilancia de sus patronos. Y extendiendo sus manos para que las besaran, los padres se despidieron.

Pasaba un carretón hacia la cárcel seguido por el alcalde, el protomédico, Sensano y otros á caballo. Conducían á un hombre desvanecido en una quimera. El protomédico se acercó á reconocerlo y dijo con gravedad :

— Por lo yerto debe estar muerto.

Sin embargo, y para mayor cer-

teza lo llamó á altas voces por tres veces, á gritos y de muy cerca, sin que ocurriera respuesta. Y entonces ratificó su opinión; estaba muerto.

Algunos reverendos padres se persignaron y dijeron rápidamente una plegaria de agonizantes en latín. Y el muerto siguió su viaje interrumpido, al cementerio.

Menéndez, impresionado y deprimido, entró á la cárcel en busca del verdugo Antonio.

VII

Aquella tarde Antonio el verdugo estaba de mal humor. Le debían varios meses de sueldo; la cárcel se caía á pedazos, con rasgaduras en los techos de los calabozos que parecían puertas. Á fuerza de grillete se aseguraban los presos levantiscos. Sin embargo, como no faltara el puchero y un lugar donde tender el catre, soportaba su suerte con filosófica ecuanimidad, limpiando con moderación los grillos. Pensaría en su destino com-

parado con el de sus reos, y los demás presos que trabajaban en la Alameda y en la Fortaleza.

Había entrado de verdugo por gracia especial del virrey Zeballos, que lo libró del presidio perpetuo. De joven eran de genio vivo, ardiente, resuelto é intrépido. Una vez quiso vengarse del Maestre de campo que lo había agraviado, y allegándose á la ventana del cuarto de la calle donde habitaba, lo vió afeitándose y le disparó sus pistolas muy cargadas con pólvoras y municiones de matar gente, de la tienda de Jerónimo Herrera, en la plaza Chica. Pero fué todo con muy mala suerte, porque las armas

explotaron quemándole los brazos y la cara, y el Maestre sólo sufrió el susto. Desde esa fecha vivía en la cárcel, acostumbrado á esas tareas, entretenido con los presos.

Al ver llegar á Menéndez se puso risueño. Lo conocía bastante porque era parroquiano de su pulpería y amigo de la Chepa. É imaginó fandangos en festejos de San Juan, músicas, bailes, amores, cenas opíparas y alegres udas. Pero al observar su aire cabizbajo y mohino, tan lejos de esas farándulas, comprendió que algo grave ocurría al desgraciado pulpero.

Y juntos entraron á su aposento, un depósito de torturas y suplicios; gri-

lletes, cuerdas encebadas, finas y corredizas... Menéndez veía esos objetos con curiosidad manifiesta. Por las sogas flexibles y lustrosas habían cruzado infinitas angustias ; y algo de esas ansias agónicas creía percibir al tocarlas con místico respecto. Antonio le mostraba las huellas dejadas por los músculos del cuello ; hasta le hizo ensayar poniéndole el lazo y tirando con suavidad. Y le describía esos últimos momentos, la sacudida final cuando se exhala el alma y queda el cuerpo en un relajamiento y abandono absolutos.

Esos humildes objetos tomaban aspectos épicos ; eran símbolos de

cosas transcendentales. La sombra de la muerte los idealizaba con toda su soberbia poesía, prestándoles un trágico interés. Habían codeado los abismos de la Eternidad al balancearse en el aire siguiendo los movimientos desesperados de los reos ; y por unos instantes fueron los instrumentos implacables del Destino.

Á veces á medianoche se oían murmullos de lamentos, voces espectrales, como si fueran sombras de ruídos, vagos, fugaces, que salían de todas las cuerdas. Eran las almas de los ajusticiados que penaban entre los instrumentos de muerte. El reverendo padre Garay los exorcizó por si acaso

eran demonios. Á pesar de todo, los dolorosos murmullos continuaron ; y en las noches de tormenta el viento sacudía las cuerdas, disciplinas y grilletes, y el desafinado concierto infundía miedos al mismo verdugo.

Y hablaron de sus cuitas. En resumen, pensaba Menéndez, el oficio es tranquilo, sin monopolios, precios y reglamentos, como en las pulperías. Á través de los siglos, decía el reverendo padre Negrete, la horca permanece idéntica, de una simplicidad absoluta : los tres palos, la cuerda, el salto sobre los hombros del ajusticiado para acelerar su fin...

Y después hablaron de la Chepa.

Antonio estaba mal impresionado. La intervención de la autoridad eclesiástica era siempre grave. Sobre todo los regulares no juegan con estas cosas y hacen pagar caras las liviandades y ligerezas. Más de una vez había aplicado azotes por esta clase de pecados. Á una pardita de la Concepción la tuvieron reclusa muchos años en las Catalinas; salió tan vieja y desdentada que su marido no quiso reconocerla. Pero intervino con rigor su señoría ilustrísima y el hombre se sometió.

Y el reverendo padre Andrónico, cura de San Nicolás, era un recoleto muy severo. Llevaba cuenta prólija-

mente á todos sus feligreses de como cumplían con la misa, comunión y confesión. Y con toda regularidad enviaba sus advertencias á las familias: Concepción, la niña mayor de los Cruz, vino ayer sin el rosario, se la vió en la iglesia contando las aves con los dedos, pecado leve de irreverencia; que forme escrúpulo pidiendo perdón de ese descuido á la reina del cielo. ¡Á pesar de sus manos tan tiernas y bien modeladas y de que sus plegarias iban cargadas de amores y ternuras ociosas! Y Concepción toda atribulada no dormiría esa noche pensando en el rígido é inexorable fraile. Á la pardita Dolores, huér-

fana, la saca de la casa de Gómez, para ponerla de sirvienta de unas hermanas terceras de San Francisco ; viejas y perversas no la dejarán respirar fuera de la puerta de calle. La pobre, llena de tristezas y aflicciones, huyó una mañana con un boyero alegre, de tránsito para Mendoza, y muy oculta entre los chismes de la carreta...

Tal vez las reuniones y fandangos que se celebraban muy á menudo en la pulpería influían en esta animadversión de fray Andrónico. La autoridad eclesiástica miraba con ojos severos los bailes populares. El obispo La Torre fulminó todas sus censuras,

hasta las más graves, contra los que bailasen con personas de otro sexo. Á los músicos les impuso pena de cincuenta pesos de multa, ó un mes de cárcel y pérdida del instrumento. Y los saraos de la Chepa eran famosos, y asistían algunos regidores y funcionarios en abierta pugna con la espada eclesiástica, atraídos en parte por la gracia de la patrona.

Y no contentos con todos estos estorbos, contaba Menéndez, lo crucificaban con los diezmos é impuestos ordinarios y extraordinarios. Así, por orden del obispo se había promulgado en la misa mayor un nuevo impuesto sobre el vino y la yerba, des-

tinado á la obra de la Catedral, bajo pena de excomunión mayor para los remisos. En cambio, todas las comunidades se eximían de pechos con pasmosa facilidad, y disputaban los reales acerbamente. Con el asentista de la luz, por ejemplo, pelearon los franciscanos: estaba autorizado á cobrar dos reales por mes á todos los vecinos, menos á los pobres. El guardián sostenía que sus ciento sesenta frailes debían pagar como una sola persona, porque vivían de limosna! Oyendo estas quejas el carcelero comprendía que las suyas contra el Cabildo eran insignificantes. Bien podían demorar sus sueldos si vivían

tranquilos, sin reglamentos, impuestos y enredos...

Y se despidieron ya entrada la noche, llevando Menéndez los grillos y las correas para cumplir la sentencia de fray Andrónico.

VIII

Al llegar Menéndez á su casa encontró reunidos á Rita y Lorenzo el negro, Pina, don Pedro Cabrito, Francés, el pulpero del Hueco, y tres hermanas de la cofradía de San Benito, unas robustas negras lavanderas que había traído el reverendo padre Andrónico. La Chepa sonreía, mordiendo unas roscas de mandioca cocinadas por Rita. Y cuando vió á su esposo cargado con grilletes y correas, prorrumpió en una risa clara,

llena de seducciones ilícitas y simpáticas. Los amigos se emocionaron; don Pedro Cabrito habría aspirado con delicia la alegre carcajada que alborotaba el aire; Rita, melancólica, recordaría sus tiempos, al sereno padre Raymundo, indulgente y plácido. Al mismo reverendo, que parecía abstraído en sus rezos, se le vió sonreir en forma discreta. Las negras, algo excitadas, se santiguaron convencidas de que por ahí andaba Mandinga. Y era probable que el pícaro negrito animara el bracero donde chisporroteaban leños muy encendidos, y pastillas olorosas, y se metiera en los cuerpos por las espirales

de zahumerio : había uno muy retorcido, sospechoso con unos agujeros de fuego que parecían ojos de diablo!

En secreto aparte con las negras, el reverendo padre Andrónico comentaba todas estas cosas. Esa risa era diabólica. Tal vez el demonio pintaba en la imaginación de la Chepa con vivos colores, hermosos y halagüeños, los objetos de sus torpes aficiones. Evidentemente la divina gracia no la asistía. Y la necesidad de recluirla en alguna casa de severos ejercicios se le impuso, á medida que las risas fueron más provocativas y obcenas. La disciplina requiere rezos, recogimiento, quietud y sosiego de

la conciencia. Entre esas gentes de dudosas costumbres, é inferiores, los azotes serían ineficaces. No se trata de mortificar el cuerpo, sino de llegar al alma con un enérgico reactivo que aplaque las pasiones, y prepare por el sufrimiento la entrada en la esfera de la serenidad interior.

Así pensaba el reverendo padre Andrónico con gran cordura y experiencia. Y suspendió la escena grotesca y cruel que se preparaba, trasladando á la Chepa, escoltada por tres robustas negras, al convento de las madres Catalinas.

Haría un mes que Menéndez rondaba continuamente por el convento de las Catalinas. Asistía con asiduidad á todas las misas desde la de Aurora; á las fiestas y novenas, al rosario de las tardes. Muchos días se quedó en la iglesia, olvidado en algún rincón, mirando al coro por si aparecía la Chepa. Á veces en los cantos de las madres creía percibir el tono querido de su voz: una ilusión pasajera, el tono no se repetía por más que aguzara su oído.

Poco á poco se fué familiarizando con los santos y santas que adornaban los altares. En esas horas inertes que pasaba contemplándolos se pro-

ducía una corriente simpática, una mística compenetración de las almas. Y en verdad tenía sus puntos de contacto con todas esas imágenes, eran también símbolos de dolor y de tristeza, de vidas malogradas que se habían refugiado en los santuarios buscando la soberana quietud.

En el fondo de la nave, en una tela de colores apagados, Santa Catalina disputaba con los doctores. Menéndez se hizo explicar el cuadro con el sacristán, hombre de algunas lecturas. La santa era bella, erudita y apasionada ; su lógica irresistible confundió á los cincuenta doctores que discutían las verdades de nuestra religión.

Y murieron en la hoguera, porque seducidos por su delicioso poder de persuasión, la admiraron. Y afirma el cronista que el mismo emperador le ofreciera su mano diciéndole: noble niña, apiádate de tu juventud, serás emperatriz de mis palacios y el pueblo adorará tu imagen. Pero la santa, llena de fe y amor de Dios, prefirió ser decapitada (1).

Menéndez era de espíritu sencillo y sin complicaciones, y no comprendía las teorías teológicas. Así, la Encarnación que tanto apasionara á la santa, se le presentaba como un mis-

(1) *La Leyenda de Oro.*

terio muy profundo que lo dejaba indiferente. Su religión simple y concreta no llegaba hasta Dios, se detenía en los cordones de ciertos santos, más de acuerdo con su ingenuidad moral. Respetaba á San Ignacio en memoria de los padres de la compañía, del padre Monterroso, un jesuíta severo y enérgico á quien había conocido mucho; á Santo Domingo por el prestigio de los frailes doctores; pero faltaba la atracción, la fuerza simpática, familiar, de confianza que tienen San Francisco, Santa Clara; y San Benito para los negros. Se sentía á su gusto ante esos ojos en éxtasis, ó humildemente clavados en

el suelo, las fisonomías de ascetas bondadosos, de almas simples, y que mezclaron en sus adoraciones á Dios y la naturaleza en un curioso panteísmo místico.

Por las tardes atendía su negocio de pulpero. Instalada la mesa en la vereda, con Rita y Lorenzo el negro arreglaban las roscas, las tortas blancas espolvoreadas con grajeas de colores, las mandiocas y demás géneros que les permitían vender. Al rato venían don Pedro Cabrito, Pino, Francés, el pulpero del Hueco. Todos hablaban de la Chepa, recordando su

gracia, su alegría franca y picaresca. Y á menudo se enternecían. Menéndez era el primero en lagrimear ; los otros tristes y pensativos sufrían visiblemente del mal de amores.

La monótona melancolía de esas reuniones se modificaba con la presencia de los oficiales de hacienda y de cabildo que inspeccionaban frecuentemente el negocio. Según las noticias de Dionisio, muy al corriente de todo por estar al servicio del contador, las alcabalas tenían una adición de cuatro unos por ciento, que viene á ser un catorce por ciento de cuanto se vende y permuta. Esto obligaba á registros, intervenciones

y demoras en las ventas. Menéndez se agarraba la cabeza desesperado. Era una vida llena de sujeciones. Debía llevar un apunte exacto del cuarto de miel, del celemín de agujas y la libra de tocino, para la declaración jurada al tiempo del repartimiento. Y los empleados de rentas hacían lujo de sus rigores y malos modos; de una integridad pasmosa cuando se trata de pobres.

Con verdadera ternura contemplaba sus géneros tan bien arreglados; las pipas de vino selladas por el fiel ejecutor, las botijas de aceite; las rosquitas y las tortas pintorescamente puestas en pequeños montoncitos;

los coquetos huevos de cera llenos de aguas ricas, de perfumes fuertes y sabrosos, con unas cintas atadas con mucha gracia por la Chepa ó Rita. Y le parecía ver la mano inicua que lo despojaba en forma arbitraria.

Su aritmética escollaba, dada la naturaleza de su negocio de detalle, en las fracciones de reales vellón, al calcular el catorce por ciento del fisco. Rita con más despejo, hacía las cuentas al natural, y tomando cien rosquitas le explicaba cómo el oficial de hacienda se llevaría catorce. En las rosquitas el impuesto le era menos doloroso; á veces las regalaba á alguna parda bonita de la vecin-

dad, en recuerdo de la Chepa. Pero en el vino, de cien botellas le tomarían catorce, y su indignación crecía en proporciones pasmosas.

—Calma decía, Dionisio, que las paredes oyen, y ésto lo pueden reprimir con azotes.

Y un prudente silencio seguía á la saludable advertencia.

Tan odioso como la alcabala era el impuesto llamado del millón. Contra ése protestaban con más energía en la tertulia de Menéndez. Por todos los consumos, aun de las cosas propias, debían pagar un tanto. Les registraban el vino y el aceite, obligándolos á jurar la cantidad gastada.

— Si regalo una piel de vino á un amigo, decía don Pedro Cabrito, ha de ir expuesta á darse por decomiso? (1).

— ¿Y la sisa, observaba Pina, no es una rapiña autorizada que se hace al que compra vino, vinagre ó aceite, quitándole una azumbre de ocho; y para que no lo conozca de los siete restantes se figuran ocho, achicando las cuartillas y medidas?

Todos ellos eran más ó menos ociosos. Don Pedro Cabrito tenía casa en un sitio de mil varas, y cuatro negros de Guinea; dos albañiles que

(1) *Campomanes.*

trabajaban por cuenta de su amo, uno sirviente y cocinero, y el otro cuidaba la huerta. Pina vivía del jornal de un esclavo zapatero de fino. Á Rita y Lorenzo el negro, los mantenían unos pasteleros muy hábiles, y vendían empanadas y dulces sabrosos. Sus necesidades eran muy modestas; su superfluo consistía en el gasto de saliva de la tertulia, y en cuanto á fiestas, las de la Iglesia. Así, la extracción de un céntimo, aunque fuera resellado, les dolía hasta el fondo del alma.

En ninguna parte se encontraba Menéndez tan á gusto como en la

nave de Santa Catalina. La atmósfera impregnada de zahumerios, el silencio, el profundo reposo del claustro, lo atraían dulcemente. Todas las imágenes eran ya fisonomías amigas. San Francisco y Santa Clara se interesaban por las penas del pobre pulpero. Entre rezos les hizo sus confidencias, hablándoles de la Chepa, buscando su apoyo y un consuelo. Y los santos pacientes y buenos lo escuchaban con mucha atención. Esta clase de relaciones tan singulares eran muy comunes. El sacristán le contó un milagro feliz y amable: una niña seducida bajo promesa de matrimonio invocó á Santa Clara para que atestiguara el

solemne compromiso. La imagen oiría la súplica, porque inclinó ligeramente la cabeza en señal de asentimiento, y los enamorados se casaron con gran alegría (1). Menéndez confiaba en que apiadado San Francisco realizaría el ansiado milagro, ordenando á la superiora que dejara andar á la Chepa.

Alguna vez, en medio de sus ardientes plegarias, creyó verlos sonreir. San Francisco concentraba su mirada vaga, de madera mal pintada, animando su cara de asceta, como si viviera. Santa Clara despertó de su

(1) *Leyenda de Oro.*

éxtasis eterno, y sus ojos abrasaron el alma de Menéndez. Los santos penetraban hasta el fondo de su alma : contemplarían conmovidos ese dolor y esa angustia ! Sus rezos tenían mucha unción. Encontraba un nuevo consuelo en repetir las aves y las salves. Esas oraciones tienen un encanto indecible, el sufrimiento las rejuvenece: es que vienen al través de los siglos cargadas de historia, rebozantes de emoción y de dolor humanos.

La iglesia estaba cerrada; el sacristán lo había olvidado. Á media-

noche oyó un discreto murmullo de pasos en el coro. Las monjas venían á maitines rezando. La hora, el silencio, la obscuridad, convidaban á levantar el alma al creador, y á que el mismo señor viniera á ella. Como lo dice muy bien un padre Jerónimo, gozase de una quietud soberana, y cuando todas las criaturas están sepultadas en el sueño, entonan dulces cantos é himnos á Dios. El claustro estaba lleno de demonios, en terrible batalla con las pobres madres. Mandinga, Lucifer y todas sus legiones envenenaban el aire. Se oían suspiros muy hondos, llantos y el creciente murmullo de rezos! Qué exámenes

de conciencia tan prolijos! El pecado las sitiaba: no llegar al coro antes de que se haga la señal es culpa; y culpa les decía el reverendo padre capellán, es un mínimo desasosiego que se atraviese en el oficio divino; culpa el no estar muy atento. Y también es culpa derramar los ojos y otras culpas de este peso se llaman leves (1).

La luz del cielo iluminó la iglesia, y San Francisco y Santa Clara aparecieron en sus simbólicas actitudes. Y todo se tranquilizó; cesaron los suspiros y los llantos, los demonios

(1) P. Liguenza, *Historia de la orden de San Jerónimo.*

huían vencidos! Algunas madres bajaron al altar de Santa Clara, para cubrirlo de flores. Venían tranquilas, plácidas, alegres con su triunfo. Menéndez reconoció á la Chepa. Llevaba su hábito con gracia, más bonita que nunca; si bien algo pálida y mórbida. Pero ahora era una persona ingenua, de aire virginal, sin aquella expresión picaresca tan sabrosa! Una nueva alma se reflejaba en sus ojos negros, profundos, cargados de pasión y de amor, pero de amor divino, como los de Santa Clara.

Y Menéndez comprendió que todo estaba concluído. Veía muy lejos como en un recuerdo confuso y vago

á su pulpería, á Rita, Lorenzo, Pina, Francés, los oficiales de hacienda y los impuestos... un mundo de fantasmas que se desvanecieron.

IX

Las tertulias de Sensano y Escalada continuaban tranquilas, apacibles y serenas. Las medidas de su majestad á propósito de sus peticiones sobre nombramiento de virrey, y el estanco del ramo de tabacos, habían producido saludables efectos. Cantada la palinodia con toda humildad, como era de esperar, volvieron á su renegado de á real y cuartillo.

Sin embargo, el caso de Atoral los

preocupaba, inspirándoles mucha lástima y una indignación comprimida por el temor. Atoral había pedido gracia por su falta en el asunto de los pasquines. Podía asegurar jurándolo á Dios Nuestro Señor y á esta señal de la cruz, que habiendo llegado á su noticia el pasquín y enterado del contexto, pidió el que se decía ser original — después de sacados cinco ó seis ejemplares anteriormente — con ánimo deliberado de suprimirlo para que en lo posible se acortase el vuelo de un papel indecoroso, que aunque no es infamatorio es irrisorio y ridiculizante. Y á consecuencia de la carcelería que se le había asignado

dentro de la ciudad, no podía consumar sus negocios fuera de la capital. Le era forzoso pasar á España por el giro de su comercio. Pero cómo transmigrar á reinos tan remotos, con el vituperable sobrescripto de implicado en causa de pasquines, cuya gravedad se deja entender sabiéndose que en derecho se reputa por una de las infamatorias !

Todos le aconsejaban que tuviera paciencia y resignación. Había que confiar en la misericordia del gobierno. Protestar contra la injusticia, emitir opiniones malsonantes, plantarse en actitudes viriles, implicaba cierta soberbia que la autoridad aplas-

taría en el acto. El recuerdo de Bucarelli y del mismo Zeballos, muy á menudo tiránicos y crueles no se había borrado de sus memorias. Cuando se expulsaron los jesuítas, recordaba Llorente, Bucarelli sospechó que Tagle les hubiera enviado avisos, y por esa simple malicia lo mandó prender con un piquete de doce soldados, y fué encerrado en la real fortaleza, en un calabozo muy húmedo, con centinela de vista.

— Á la una de la tarde del mismo día, dijo Sensano, fuí yo acompañado del capitán Morote, y le notifiqué la sentencia de muerte dada contra él por el gobernador, avisándole que se-

ñalase padres espirituales para auxiliarle. Mientras tanto, Morote le remachaba una barra de grillos y le aseguraba los brazos, haciéndolo tender en el suelo sin que tuviera más cama que su propia capa. Su mujer, embarazada de seis meses y con dos hijos menores, fué encerrada en un cuarto de su casa con centinela de vista. Al tercer día, y cuando ya faltaban pocas horas para la ejecución, cedió el gobernador á las súplicas del obispo diocesano y otorgó el perdón de la pena de muerte (1).

— Pero más horrible, dijo Gómez,

(1) P. Hernández, *Expulsión de los jesuitas.*

fué aquella burla sangrienta de Zeballos con un asesino llamado Collaso. Condenado á muerte, apeló ante la audiencia, y el virrey concedió el recurso sin perjuicio de la ejecución inmediata de la sentencia!

Á pesar de estos episodios, esa teocracia era mansa y desorganizada, y los tertulianos vivían tranquilos y felices. Pertenecían á la cofradía del Santísimo Sacramento, imitación desteñida de la del Espíritu Santo, fundada por los reyes de Francia para sus nobles de sangre muy pura y muy antigua. Y cuando paseaban las naves

de la Catedral, presididos por el virrey, con sus trajes de etiqueta y sus cordones y escapularios, podían creerse de la corte de Luis XIV y de muchos cuarteles de nobleza. Así, tenían sus buenos ratos de placer y figuración...

« En sus habitaciones, dice un contemporáneo, años más ó menos, simplemente blanqueadas ocultaban enterrándolas debajo de las camas las vasijas preciosas y las talegas de plata. Tenían sus baules llenos de alhajas tradicionales sillas monumentales imperecederas. Uno que otro espejo reflejaba en las salas las perillas de cristal alumbradas por velas de baño. Había en las calles unos negros

abanicando con el plumero canastas de rosquetes; había esos grotescos bazares llamados pulperías y donde se vende todo menos el aseo y la decencia. Por lo común comíamos en una misma fuente, el mantel hacía de servilleta; bebíamos en un solo vaso, nos calentábamos en nuestros ponchos; nos bañábamos en medias pipas; sesteábamos en catres de cuero; una parda nos recibía á luz; un hilo nos arrancaba los dientes; nos paseábamos en carretones; los tambores eran nuestro teatro, y una fiesta de toros la comedia (1).

(1) *Revista del Plata.*

Los casos como el de Atoral ó del Collaso no eran frecuentes. La desidia de las autoridades se extendía á todas las ramas de la política y de la administración. La siesta se prolongaba y el sueño cada vez más profundo se parecía á un sopor mortal. Pero esas talegas de plata y esas piedras preciosas improductivas les labraban el alma. Veían clara y nítida la fortuna, el bienestar, la felicidad terrestre con un poco más de libertad. Que los dejaran andar solos y se encargarían de suplir los déficits de la monarquía. Un destino adverso y maldito obligaba á vivir mediocremente, en medio de la riqueza, á sufrir el hambre

y la sed entre los campos de trigos y los ríos más grandes de la tierra. Y sus solicitudes y súplicas tramitaban años, mientras se perdían cosechas tras cosechas, y la riqueza abandonada fermentaba en las praderas.

Mientras tanto los supremos concejos pomposos discutían nimiedades. Á su majestad le había dicho su confesor que en América los bailes relajaban las costumbres y las virtudes. Manzanares, con alguna indiscreción, les contó que había sido consultado el señor virrey. Los padres graves y discretos, y aun definidores, discutían con calor el punto. Los franciscanos eran intratables, no ce-

dían un ápice en la cuestión. Los dominicos y mercedarios, más humanos, optaron por una discreta indulgencia. El padre Larramendi, teólogo moralista de una autoridad igual, por lo menos, á la de Faltolliti, defendía los bailes en esta forma pintoresca: «un misionero había obtenido promesa jurada de un auditorio de que renunciarían á las danzas; pero es preciso que la juventud se divierta; y en lugar de bailar en la plaza pública delante de sus padres, los jóvenes fueron á pasear juntos al campo... y al fin de ese año hubieron más niños abandonados que en los diez años anteriores á la triunfal misión francis-

cana, enemiga de los bailes ». Y después de muy prolijos análisis que revelaban un profundo conocimiento del corazón humano, el erudito padre concluía diciendo que la danza es en sí misma un placer lícito, y que los padres deben concretarse á prevenir sus abusos. Condena las danzas nocturnas y las que se efectúan durante los oficios. Eso si, recomienda que las parejas no se tomen de la mano, sino por un pañuelo, á fin de que las niñas puedan libertarse, si el movimiento del baile acelera más de lo conveniente.

Mientras discutían los reverendos la población continuaba bailando, los

pobres en sus candombes y cofradías, los ricos en las afamadas reuniones de don Pedro Amores... Y el gobierno pasaba de estas graves cuestiones de conciencia á otras más urgentes... Que el virrey del Perú por ejemplo no mandaba los doscientos mil pesos pedidos para atender las tropas y otros servicios necesarios.

Á veces se leían cédulas que eran aplaudidas por los tertulianos. Así, cuando su majestad derogó el fuero y privilegio de la grandeza, individuos militares y caballeros del reino en los casos que señala sobre puntual paga de su respectivo haber á los artesanos, jornaleros, criados y acreedo-

res alimentarios de comida, posada y otros semejantes. En su criterio de tenderos económicos y honrados la medida era justa, y aquel día interrumpieron la partida para comentarla y felicitaron en el contador Manzanares al gobierno de su majestad.

Todas estas cosas eran temas de las discretas murmuraciones de las tertulias de Escalada y de Sensano. Secretamente en un vago anhelo, algo inconsciente, esperarían el cambio providencial, la mano milagrosa que rompiera los diques y barreras arti-

ficiales, que los dejara ser felices!

Comprenderían en una forma confusa é instintiva que todo eso agonizaba... Verían muy lejos, como en un pálido recuerdo á sus virreyes, fisco, empleados de real hacienda; á los reverendos padres dominicos, franciscanos, recoletos, mercedarios; á los pasquines; la vida estrecha vigilada por las dos cuchillas eclesiástica y seglar... ¡todo un mundo de fantasmas que se desvanecía!

Y encendieron las linternas y se dispersaron las luces por las obscuras calles del barrio.

Septiembre 1909-abril 1910.

ACABÓSE DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EL 30 DE MAYO
DE 1910

8233 8

This book is DUE on the last
date stamped below

LD5
URL OCT 2 6 1964

RECEIVED
MAIN LOAN DESK

OCT 2 0

A.M. P.M.
7|8|9|10|11|12|1|2|3|4|5|6

10m-4,'28

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 847 814 1

PQ
7797
G16C4

UNIVERSITY of CALIFORNIA
AT
LOS ANGELES
LIBRARY